



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 37. Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes | 2 Octubre 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO: Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—*Trajes de entretiempo*: Vestido con paletot sin mangas.—Vestido para jovencita.—Vestido con túnica bullonada.—*Trajes de casa para señora y niños*: Delantal-blusa para niño.—Vestido princesa para niña.—Traje para señora.—Vestido para jovencita.—Vestido para niño.—Vestido con túnica para niña.—Vestidos con tunicas de moda para señora.—Traje para la calle, compuesto de falda redonda, túnica y paletot.—Echarpe persa.—Cubierta para acerico.—

Tira bordada á feston.—Puntilla bordada en tul.—Cuadro de malla guipur.—LITERATURA: La mujer, por Antonio Fernandez Garcia.—A S. M. el Rey en su visita á Salamanca, poesia por Josefa Estevez de G. del Canto.—Recuerdos de Suiza, por Augusto Jerez Perchet.—Una historia triste, por Salvador Maria Fabregues.—La muerte de un grande hombre, por Eduardo Fuentes.—El chino en Madrid, por Francisco Guerrero Garcia.—Charadas.—Economía doméstica.—Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS.

La moda, acusada sin cesar de mudable y coqueta, parece volver una vez por su buena opinion, y oyendo con harta docilidad los consejos de sus detractores, se obstina en conservar por largo tiempo su mismo estilo. Esta bondad, que le conquistará las simpatías de padres y maridos, provocará en cambio el enojo de las elegantes, y me pone á mí en el triste caso de decirlos á principios de Octubre, cuando se esperaba que la moda sufriera una transformacion: todo lo mismo, mis bellas lectoras; ninguna alteracion sensible en la hechura y aspecto de nuestros trajes. La forma princesa, que amenazaba ser vencida por la cintura redonda, conservará aún largo tiempo su dominio y nos envolverá todavía este invierno con severa majestad: los talles redondos empiezan á indicarse con una aldeta suplemental que les da el aspecto de las corazas; la vesta con chaleco se hará tambien para trajes de vestir, y la figura, en fin, de la mujer, á juzgar por los últimos modelos recibidos, seguirá siendo ceñida, esbelta, de líneas severas y correcto estilo. No por esto os figuéis que no hay enteramente nada nuevo que señalar en el campo de la moda: en medio de lo conocido surgen siempre detalles nuevos que caracterizan la moda exclusiva de cada año.

Empezaré por decirlos que en tejidos, los nevados que se indicaron en las telas de verano tendrán su verdadera significacion en las de invierno; y mientras os hago una reseña minuciosa de las megadas á nuestros almacenes de modas, os diré como tesis general que los nevados y la borra de seda sobre fondo de lana serán las telas de novedad: la borra de seda es de un efecto rico y propio de telas de invierno, y los colores que dominarán sobre fondos oscuros, son: nutria, crema, oro y reseda, ó color sobre color, como azul sobre azul más claro, dos tonos en ciruela, ó verde mirto y verde musgo.

Como adornos, la pasamanería perlada y los bordados, tambien con cuentas de cristal, se presentan en primer término. Los gustos en la moda pudieran calificarse de periódicos, porque pasado cierto tiempo aparecen los desechados: tal sucede ahora con el cristal y el azabache, que no podrá menos de volver á ocupar un lugar preferente entre los bordados de cuentas. Sin embargo, la imparcialidad me obliga á decirlos que las cuentas que

mismo que en los bordados, que hechos con lana ó seda de un tono más claro que el del vestido, se colocarán las cuentas que armonicen en color ocupando el lugar de las semillas ó un salpicado clarito en los pétalos; es decir que llevará poco cristal, pero algo, para dar al vestido y al bordado seductores reflejos. Con estos adornos alternarán los plegados, los fruncidos y los galones; pero la eleccion de cada uno de estos adornos es difícil de indicar, porque deben ser conformes á la tela y á la hechura; en una palabra, la parte artística del traje, y esa ni se aconseja ni se inspira; por eso, con los mismos elementos, dos personas distintas producen la una un objeto de admiracion, la otra un abigarrado conjunto de retazos.

Las confecciones, ó sean abrigos de otoño, son, al decir de una conocida cronista, largos estuches de los que sale por un extremo una cabeza de mujer y por el otro una confeccion de volantes y guarniciones. Tal es, en efecto, la forma de esos paletots que ciñen la figura y el vestido, dejando sólo escapar el trecho de falda cubierto de volantes, echarpes ó encajes. La forma, pues, del abrigo de entretiempo es el paletot cruzado por delante en biés ó al hilo y adornado por pasamanerías perladas. Con esta hechura alterna el fichú de dos cuellos de cachemir bordado, y que, anudado por delante, abriga sin ocultar el cuerpo.

Esta es la época de las amazonas; y aunque este traje ofrezca poca variacion, debo consignar que los de este año se hacen como un vestido princesa con la cola imperio: un vestido de esta hechura, negro ó verde oscuro; una limosneta de piel de Rusia y un sombrero de fieltro, forma montañas con velo de gasa, cuello y puños de batista; corbata del color de la gasa del sombrero y guantes de piel de Suecia, dan el más elegante atavío de amazona que puede soñar la fantasía.

En sombreros de vestir hay pobreza de novedades, ó más bien, poca seguridad para señalar los modelos que han de usarse: por esto quiero ser parca en predicciones, por más que la capota Maria Stuard con ala algo levantada y pequeño bavolet del que parten las bridas ofrezca condiciones de belleza y comodidad que aseguran su éxito, y el sombrero Auvergnat de copa elevada y ancha ala, que ya se indicó con fortuna este verano, tiene las simpatías de muchas adolescentes que se enciñan más bellas con esa forma atrevida de sombrero. En fin, una



1 Y 2. TRAJES DE ENTRETIEMPO.

1. Vestido con paletot sin mangas.

2. Traje para jovencita.

3. Vestido con túnica bullonada.

se indican hasta ahora para bordar la pasamanería ó rellenar huecos de los bordados de lana hechos sobre el fondo mismo de la tela de los vestidos, son acero oxidado, luz de luna (azuladas) y cuello de pichon (bronceadas). Estas son las favoritas, las que brillan en primer término, y con ellas se harán además collares, brazaletes, adornos para la cabeza y los sombreros, y cuantos caprichos, en fin, sean susceptibles de tan frágil adorno. La colocacion de las cuentas será alrededor de un motivo de pasamanería, ó en el centro de las hojas y flores, lo

quincena más nos dará todas las seguridades que exige tan delicado asunto. Las frutas dominan en ellos como adorno.

De lencería habría también no poco que mencionar: los juegos de cuellos y puños son variados, grandes los de mañana, de formas más reducidas los de tarde: además, en ellos reina el capricho como nunca, y un plegado de muselina, dos encajes unidos por el pié, sirven á veces de pretexto á un juego que nace por la mañana para morir aquella misma noche. El cuello, grande, vuelto, y la manga Luis XIII, guarnecidos de plegados orillados de encaje, son de muy buen efecto; y el fichú aldeana se presta á tan variadas formas, que ya no es posible detenerme á enumerar detalles. La enagua sigue siendo la prenda de atención preferente para las modistas que tienen en algo el buen aire de sus vestidos. La enagua de vestir es corta, muy corta, y desde la rodilla hasta el fin es una progresión continuada de volantes y bullones: el largo de la enagua debe corresponder al del vestido, aunque éste lleve el indispensable volante barradero, y todas las señoras tienen tres géneros de enaguas, así clasificados: cortas, largas y de cola. Con más espacio me ocuparé de la forma de ellas y de las enaguas de abrigo, que pronto serán una necesidad. Mi objeto por hoy ha sido daros una idea general de la moda que se indica para la estación próxima; y ya fijas en su aspecto y condiciones, en mis próximas revistas entraré en detalles minuciosos de cada una de las prendas de vestir que forman el bello conjunto de la mujer elegante.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES DE ENTRETUENDO.

1. *Vestido con paletot sin mangas.*—Dos volantes de 6 y 9 cents. de ancho, con ribete de color ó puntilla al canto, adornan la falda de este traje de lana y seda; la túnica, cerrada por delante con botones, se adorna con sólo un plegado, así como el paletot sin mangas. Los delanteros de la túnica, muy larga, se recogen por detrás bajo un echarpe ó caída que termina en punta: lazos en las mangas y bolsillos. Sombrero de paja negra.

2. *Vestido para jovencita.*—Está hecho en tela parisien ó bengalina, y consiste en falda redonda con volante rizado á pliegues en grupos, y polonesa cerrada en biés y abierta en corazon del escote. El adorno son guarniciones bordadas á la inglesa, que pueden reemplazarse por encajes de hilo ó plegados de la misma tela. El volante de la falda tiene 16 cents., y 7 cada grupo de pliegues. Sombrero de paja inglesa.

3. *Vestido con túnica bullonada.*—Con falda redonda de faya negra, lisa, se hace la túnica de parisien ó cachemira negra, adornada de galones labrados en cintas ó bieses con pespuntos á la máquina: botones de pasamanería y lazos completan el adorno. Sombrero de castor gris con adornos de faya de color.

4 Á 7. CUBIERTAS PARA ACERICO.

Trencilla y punto de encaje.

Lo que hace resaltar esta labor es una perfecta regularidad, y por eso aconsejamos ante todo sacar el dibujo completo y con gran precisión, sobre un papel que se hilvanará sobre un hule.

El núm. 4 ofrece parte del fondo para la cubierta número 5, que la componen patas ó motivos largos de trencilla ondulada, unidos entre sí por cordoncillos y puntos de encaje. La cenefa es un orden de estrellas del mismo género.

El núm. 6 muestra la cuarta parte de la cubierta número 7, cuyo centro forma una estrella regular, ocupados los espacios por cuadritos de cinta doble, y sujetos á punto por encima, medios picos ó triángulos todo de la misma cinta.

8 Á 13. TRAJES DE CASA PARA SEÑORA Y NIÑOS.

8. *Delantal-blusa para niña.*—Es de percal blanco ó tela cruda para defender el vestido, y cierra por detrás con botones en el escote, uniéndose de un lado á otro con anchas cintas á la altura del talle: puede adornarle por abajo una guarnición bordada ó sencillamente un jareton y jaretitas encima.

9. *Vestido princesa para niña.*—Puede cortarse por cualquiera de los patrones de este género ya ofrecidos, y según la estación se hará de tela más ó menos ligera, adornándole con bieses, plegados ó volantes. Nuestro modelo es de tela de Smirna gris, con plegados de 8 y 4 centímetros y bieses de seda azul: echarpe azul que sale de las costuras del costado, y botones de nácar.

10. *Traje para casa.*—(Véase el pliego de patrones de Julio.)

Este traje cierra por delante con botones en todo su largo, y la cola es un paño añadido por detrás, como indicaba el mencionado patron: el escote se abre en cuadro sobre camiseta plegada con cuello vuelto, y galones y fleco adornan el escote y figuran paletot y vuelta de manga. Este modelo es de cachemir gris con lazos y galon de otro color.

11. *Vestido para jovencita.*—Es de dos telas Oxford, lisa y rayada, ó de cualquiera otra tela flexible: la falda, sin cola y de tela lisa, se adorna con un volante á pliegues de 15 centímetros de ancho, y el cuerpo, bastante ancho para rizar, se monta á un delantero de túnica, cuya espalda se corta por la de otra túnica cualquiera. Dos cordones fruncen por delante la parte inferior de la túnica, que se adorna con lazos, y un cinturón de la misma tela, que oculta la unión del cuerpo á la falda, se anuda por detrás. Este traje, por su sencillez, es muy propio para jovencitas.

12. *Vestido princesa escotado para niña.*—Es de nan-zouk, como un delantal, y se lleva sobre faldita de piqué blanco ó de seda de color. (Véase el número de 18 de Setiembre.) El adorno son entredoses de tul con plegados de la misma tela. Igual disposición cierra el vestido por detrás y por abajo; el entredos forma picos que sirven de cabeza al volante y plegado.

13. *Vestido con túnica para niña.*—(Para el patron véase el pliego del mes de Agosto.) Todos los patrones de vestido princesa sirven para esta túnica, cortándola poco más corta que la falda y recogiéndola con algunos pliegues. Nuestro modelo es de Mozambique azul claro, cerrado en el centro de atrás y recogido uno de los paños, mientras el otro descende recto. Galones de color crudo, bordados de azul, rodean el escote cuadrado y mangas terminadas con ondas como el borde de la túnica. Plegado con puntilla al borde de la falda.

14 Y 15. VESTIDO CON TÚNICA.

Aunque puede cortarse esta túnica por cualquiera de los patrones recibidos, ofrecemos el croquis núm. 15 para la mejor comprensión: por delante cierra en diagonal, para lo cual va un borde más largo, el cual queda encima, haciéndolos aún más desiguales con algunos pliegues en el de abajo: los dos costadillos se recogen ligeramente bajo el paño del centro, dispuesto en echarpe, como indica el núm. 14; y el largo de esta pieza es de 138 cents., que se aumenta por un paño añadido bajo los frunces. El vestido, de tela ligera, como para sociedad ó teatro, va adornado de entredoses de tul, plegados de la misma tela y encajes. Mitones largos de malla.

16 Y 17. VESTIDO CON TÚNICA.

(Patron en el pliego de Mayo.)

Estos números muestran en detalle una túnica de novedad: el costadillo, como indica el croquis núm. 17, junta al hilo con la espalda, y su dimension es de 98 á 100 cents., recogiendo por pliegues muy profundos; las dos partes de la espalda van unidas hasta la mitad de su largo, cosiendo la mitad de ella en paños enteros como túnica princesa y la otra mitad en coraza que descansa sobre el delantero, entero en la parte de la falda, como indica el croquis núm. 17. Este vestido es de dos telas; de faya la falda, centro de la espalda y paño que forma la cola de la túnica, y de tela brochada ó rayada de lana y seda todo el resto de la túnica; encaje y lazos de faya la completan.

18. TIRA BORDADA Á PUNTO DE FESTON.

Esta tira, bordada en paño de color con dos cabos de seda argelina de colores variados, puede servir para almohadones, canastillos y otros objetos; ejecútase á punto de feston, que es mucho más ligero que al pasado, y da el mismo resultado, haciendo los tallos á cordoncillo largo y las líneas á cadeneta. Nuestro modelo es de paño gris con las líneas azul claro, las hojas verdes y las flores rosa en dos ó tres tonos; el ramo del centro lleva además de las flores rosa otras azul y violeta.

19. PUNTILLA BORDADA EN TUL.

Puede emplearse muy bien como adorno de fichú, mangas ó pañuelo, y lo mismo en blanco que en negro; pero es sobre todo á propósito para fichú. La ejecución á zurcido con seda argelina está claramente indicada en el dibujo, y el piquillo se cose á cordoncillo recortando por fuera el tul.

20. CUADRO DE MALLA GUIPURE.

Es muy á propósito para ángulos de cuello ó fondo de

entredoses, resultando tan clara su ejecución en el dibujo, que nos releva de toda explicación.

21 Á 27. TRAJE PARA LA CALLE.

Estos números presentan muy detallado un vestido de falda corta, propio para la calle, y que puede hacerse en lana de poco valor. Es una falda redonda con cintura por delante y jareta por detrás, túnica sencilla que muestra el núm. 25, y paletot que presentan por delante y por detrás los núms. 23 y 24, que puede ir sobre un cuerpo blusa. La falda lleva dos volantes plegados (núm. 26), ó uno solo más ancho con biés ó borde (núm. 27). El croquis núm. 21 muestra con claridad la disposición de la falda. La túnica rayada núm. 25 es también muy sencilla, montada á una cintura y cortada por el croquis número 22, pudiendo hacerse en tela rayada como el paletot ó todo el vestido liso. El paletot que presentan por delante y por detrás los núms. 23 y 24 cierra en bieses y puede cortarse por cualquiera de los patrones ya ofrecidos.

23. ECHARPE PERLA.

Es un chal de cachemir negro ó de color, bordado con seda de Argel y gran variedad de tonos. El fondo es ciruela, y negra la cenefa, muy bordada, contando 250 centímetros de largo por 50 de ancho, terminando los dos extremos con fleco ciruela. En el año 1872 recibieron nuestras lectoras un dibujo de tapete que puede aplicarse á este chal, y que de seguro conservan las suscriptoras que coleccionan el periódico.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA MUJER.

Há pocas noches, me hallaba agradablemente entretenido con la amena conversacion de D. Manuel Lopez Calvo, jóven literato que, si ahora vale mucho, con el tiempo será una de las joyas más hermosas de nuestra patria; me hallaba entretenido, como digo, porque el diálogo no podía tener mayores atractivos, puesto que se trataba del amor y de su inmediato resultado, la familia. ¿Quién podrá sospechar que aquel jóven, todo corazon, todo entusiasmo, negaba lo primero y se declaraba en abierta lucha con la segunda? Nadie; y sin embargo, nada más cierto. Débiles contestaciones las mías, y excitándome mi amigo á que escribiera un artículo que defendiera la cuestion que sosteníamos, me estrechó de tal modo, me comprometió de tal manera, que no tuve más remedio que ceder, poniéndome con esto en un grave compromiso, puesto que jamás me he empeñado en estas clases de luchas; pero no, no le escribiré, porque ¿cómo el pobre insecto que se arrastra por la tierra se ha de comparar con el atrevido vuelo del águila que casi toca al cielo? Me limitaré á hacer algunas ligeras indicaciones sobre lo que vale la mujer, y ojalá que con ellas se diera por satisfecho mi querido amigo. El amor ¿quién no le ha definido? ¿Quién no ha sentido su embriagador perfume? Rocio celeste posado en los corazones, hace que sea más bello el día, llena de encantos la noche. ¿Quién se atreverá á negar la impresion profunda que producen en el hombre dos ojos negros que despiden fuego, dos ojos azules tranquilos como la tersa superficie de un lago? Sin el amor, el hombre es una planta sin perfume, y aunque nos tachen de atrevidos, dirémos que sin el amor el hombre no es nada. Es niño, crece y se desarrolla, y cuando las pasiones agitan su pecho busca una mujer que le comprenda, con quién compartir su dicha, con quién mezclar sus lágrimas. Ya es feliz, ya tiene amores, dulces coloquios, agradables veladas, y cuando la luna con sus pálidos y plateados rayos alumbra la frente de su amada, ¡qué hermosa le parece! ¡qué llena de encantos! No cambiara entónces su dicha por todo el oro del mundo; para el hombre, en este momento, sólo existe el amor, y si es poeta olvida su lira, y si es músico no recuerda su composicion más querida. La mujer sólo pide amor, sólo pide cariño, y con esto está satisfecha; dádsele, y será un ángel; quitádsele, y será una mártir ó una desgraciada. Muchos se complacen en hablar mal de ella; mas nosotros creemos que más que la reflexion les hace hablar el despecho; las acusan, las apostrofán, pero yo les diria: investigad bien las causas, y detras del vicio que las echais en cara veréis siempre la mano vuest-



457 1284

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2ª, II. Madrid.

tra induciéndolas al mal. Yo no negaré que el amor ha conducido á algunos á la desgracia; pero á los más los ha llevado al templo de la felicidad ó de la gloria. La mujer se embellece siempre en este dulce sentimiento, y es más grande, es más sublime cuando llega á ser madre. ¡Qué abnegación la suya, qué tiernas caricias prodiga á sus hijos! Vedla al pié de la cama velando el sueño de un pedazo de su alma; vedla anhelante é inquieta, sólo porque ha creído que es un poco más agitada su respiración y que está enfermo, y qué alegría siente cuando, lleno de salud y vida, extiende sus pequeñas manecitas acariciando á la que tanto le quiere. Yo quisiera que mi amigo, cuyas poesías parecen inspiradas en el cielo y que no cree en los dulces lazos del amor, que aborrece la familia, viera estos cuadros cariñosos, y de seguro comprendería que son los más puros goces del alma, la poesía del corazón. ¡Pagarémos nosotros su cariño de amantes, su fidelidad de esposas y sus cuidados de madres, despreciándolas, que es la más fea de las ingratitudes! De ninguna manera; la mujer es mucho más buena de lo que generalmente se la juzga; es un ángel creado por Dios para sufrir con nosotros, enjugar nuestro llanto y producirnos las únicas felicidades que hay en la tierra: el amor y la familia.

ANTONIO FERNANDEZ GARCÍA.

Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII, EN SU VISITA Á SALAMANCA.

Cuando en pos de una noche tempestuosa
Vemos aparecer risueña el alba,
Fiel precursora del hermoso día,
Con dulce gozo la saluda el alma;
Y cuando brilla fúlgida en Oriente,
Entre celajes de zafiro y grana,
Del astro rey la faz esplendorosa,
Los insectos, las aves y las auras,
Las fuentes y los ríos bullidores,
Himnos entonan de armonía mágica,
Himnos que traducir sabe el poeta
Y que expresan, Señor, estas palabras:
«¡Oh Sol! tú nos prometes la ventura,
Y en pos de la tormenta la bonanza.
¡Bendito seas tú, que el negro velo
De la tormenta vaporosa rasgas!
¡Atras la noche oscura y sus tinieblas!...
¡Brille tu luz ¡oh Sol! radiante y clara!»

Como á la aurora de un sereno día,
Como al Sol cuando brilla en la mañana
Y con su ardiente luz rasga las nubes
Y ventura y placer do quier derrama,
Tu venida, Señor, como á la aurora,
Como al Sol de su bien, saludó España.

Sumida estaba la matrona egregia
En negro duelo, desgarrada el alma,
Viendo correr la sangre de sus hijos
Á ríos en los campos de batalla,
Y llorando ¡infeliz!, cual Eva triste
Las culpas de Caín también llorara.

En uno de sus hijos, predilecto,
Madre amorosa sin cesar pensaba;
Niño cuya esplendente y régia cuna
Fue mecida entre dichas y esperanzas,
Y á quien despues lanzara la tormenta
Fiera y terrible á la extranjera playa.

Mas á la tierna flor que Dios protege
Jamás el huracán podrá troncharla.
El naufrago infeliz que al Cielo invoca
Suele llegar al puerto en frágil tabla.

España, como madre dolorida
Á quien el hijo más querido arrancan
De sus amantes brazos, anhelosa
Al Cielo sin cesar por tí rogaba,
Y mucho más te amaba en la desdicha
Que al mirarte feliz antes te amara.

Y al ver que en ciencia y en virtud crecías,
Y que tu alma generosa ansiaba
El ejemplo seguir de tantos héroes
Que orgullo y gloria son de nuestra patria,

«Digno serás—decía—noble Alfonso
De ceñir la corona que te aguarda;
Bella corona, que á tan jóven frente
Acaso pareciera muy pesada,
Si no te hubiera concedido el Cielo
Ciencia, virtud, valor para llevarla.»

Y viniste, Señor, y el pueblo ibero
Saludó tu venida deseada
Con fervido entusiasmo, y sólo flores
Por do quiera que fué pisó tu planta.

Te siguió la Victoria, conduciendo
La Paz con sus laureles adornada,
Y los campos que el monstruo de la guerra
Con su aliento fatal yermos dejara,
Esmaltados de frutos y de flores
Ostentaron su manto de esmeralda.

—Será un buen Rey—exclaman los ancianos;
En tanta juventud, prudencia tanta,
La ancianidad admira; y ardorosa
Dice la juventud entusiasmada:
—*El protege las letras y las artes;*
Será un buen Rey... ¡Dios guíe al Rey de España!

Las mujeres, al verle, conmovidas,
—¡Que dichosa será su madre!—exclaman.
Su angusta madre, al contemplar á Alfonso,
Diz que de amor y gozo vierte lágrimas.

Miradle; es tan piadoso como sabio:
No há mucho que dejó su regio alcázar
Para marchar, ferviente peregrino,
De su catolicismo haciendo gala,
Á visitar la tumba del Apóstol
Invicto protector de nuestra patria.

¡Tan jóven y piadoso!... ¡Quiera el Cielo
Guiarle siempre, para bien de España!
—Madre—dicen los niños—el Rey tiene
un no sé qué, que á todo el mundo agrada.
—Es, hijos míos, que su rostro expresa
La bondad y nobleza de su alma.
El protege al anciano, al desvalido...
Será un buen Rey... ¡Dios guíe al Rey de España!

Como á la aurora de un sereno día,
Como al Sol cuando brilla en la mañana
Y con su ardiente luz rasga las nubes,
Gozosa te saluda Salamanca.

La ciudad del saber y de la ciencia,
La que segunda Atenas fué llamada,
Y que se alza más grande entre sus ruinas
Que un tiempo en su esplendor se levantara;

Por su historia, Señor, ella merece
Ser por tí protegida y estimada;
Que el nombre de este pueblo esclarecido
Será siempre una gloria para España.

La sombra de los inclitos varones
Que pisaron sus templos y sus aulas,
Parece que se eleva majestuosa,
Que nos sigue do quier, y que nos habla.

Aquí del gran Sahagún la voz se escucha,
Que con sólo el poder de su palabra
Ablandó los más fieros corazones,
Y á la tigre volvió cordera mansa;
Que cual tigre á quien roban sus cachorros,
Se agita, ruge, y cuanto ve desgarrar,
Así terrible fué Doña María,
Á quien el pueblo apellidó la Brava.

Aquí Colon, de Europa desdeñado,
Vino á buscar aliento y esperanza,
Y sabios encontró que comprendieran
Al que otros sabios loco apellidaran.

¡Oh Fray Luis de Leon! de tus idilios
El plácido Zurguen los ecos guarda,
Y del tierno y dulcísimo Melendez
Las amorosas y sentidas cántigas.
Teresa de Jesus, blanca paloma,
También bebió las cristalinas aguas
Del claro Tórmes, y al Amor Divino
Cánticos inmortales entonara;
De su voz melodiosa el tierno arrullo
Parece que resuena entre las auras.

¡Oh Salamanca! solitaria, en ruinas,
Para tu gloria, tus recuerdos bastan.
Abatida estuviste largo tiempo;
Abatida, es verdad, más no humillada.
Hoy brilla un nuevo sol; de tu marasmo
Despierta, cobra vida y esperanza;
Ese radiante sol, feliz te anuncia
Prósperos días, bienhechora calma.

Como al iris despues de la tormenta,
Como al Sol cuando brilla en la mañana,
Tu presencia, Señor, como á la aurora,
Como al sol de su bien, hoy Salamanca
Saluda, y con amor gozosa grita:
Que ¡Viva Alfonso XII, Rey de España!

JOSEFA ESTÉVEZ DE G. DEL CANTO.

8 de Setiembre 1877.

RECUERDOS DE SUIZA.

DE GINEBRA Á BERNA.

I.

La hermosura de los paisajes se halla tan prodigada en Suiza, que, exceptuando unos pocos sitios, cuyas bellezas vienen á constituir una especialidad, son aplicables á todos ellos las mismas calificaciones, las mismas frases de entusiasmo que inspira este privilegiado suelo.

Y sin embargo, no existe monotonía ni cansancio en la contemplación de tan repetido número de maravillas; pues, á decir verdad, cada una de ellas impresiona bajo distinto aspecto.

Hé aquí por qué juzgo risible la pretensión de algunos viajeros para quienes basta, una vez en Suiza, ver un lago, una cascada, un *glacier*, á fin de gritar cuando regresan á sus hogares: "Conocemos la Suiza, hemos visitado sus montañas, sus cascadas, sus lagos y sus ventisqueros."

Antes que yo, ha habido algún escritor que critique esa línea de conducta; pero yo, *turista de corazón*, fulmino un anatema violento contra los ridículos esclavos de la moda, que creen cumplir un deber contentándose con viajar así.

II.

El camino que conduce de Ginebra á Berna es una maravilla continuada. Al hablar de nuestra excursión á Vevey, describí una parte de esa vía férrea; por consiguiente, nada diré de las primeras estaciones.

Despues de Lausana, es Friburgo la población importante que se presenta á los ojos del viajero.

La situación de Friburgo es pintoresca, pero su interior no armoniza completamente con la hermosura de sus campos.

Sobre un profundo precipicio, en cuyo fondo ruge el río Sarina, elevanse dos puentes suspendidos y de construcción atrevida, que facilitan las comunicaciones de la ciudad con las afueras. La obra es admirable, y sorprende con fundamento á quien la contempla.

Friburgo tiene cierto aspecto romántico y feudal, que inspira no sé si melancolía ó tristeza. Viejos y sombríos torreones y baluartes erizados de almenas suben por las alturas, vestidas de hermosísimos árboles, y como rígidos brazos de un cuerpo colosal envuelven la población, fingiendo prestarle imaginaria defensa.

Y ¡qué contraste el de aquellas fortificaciones decrepitas, heridas por la mano del tiempo, y la robusta vegetación que se levanta á su lado! Contraste de dos épocas de la vida; de la vejez, próxima á extinguirse, y de la juventud, que nace rica de promesas y aspiraciones. Estos paisajes, hoy bañados en raudales de luz, ofrecen otro género de encanto en momentos de tempestad.

Una tarde regresábamos á Ginebra, y empezó á caer, más acá de Friburgo, una lluvia torrencial. El horizonte estaba muy oscuro, excepto por un lado, donde lucía el sol. La antítesis de la lluvia y del sol era bellísima, y el campo tomó un tinte admirable. Aunque la comparación es vulgar, diré, en gracia de la exactitud, que la tierra, las casas y los árboles parecían un cuadro recién restaurado.

En lo más fuerte de la lluvia, cuando las nubes cubrían casi todo el horizonte, desaparecieron entre sus vapores las montañas, y sólo fueron perceptibles los primeros términos, ó sea las colinas y las largas y espesas filas de pinos.

III.

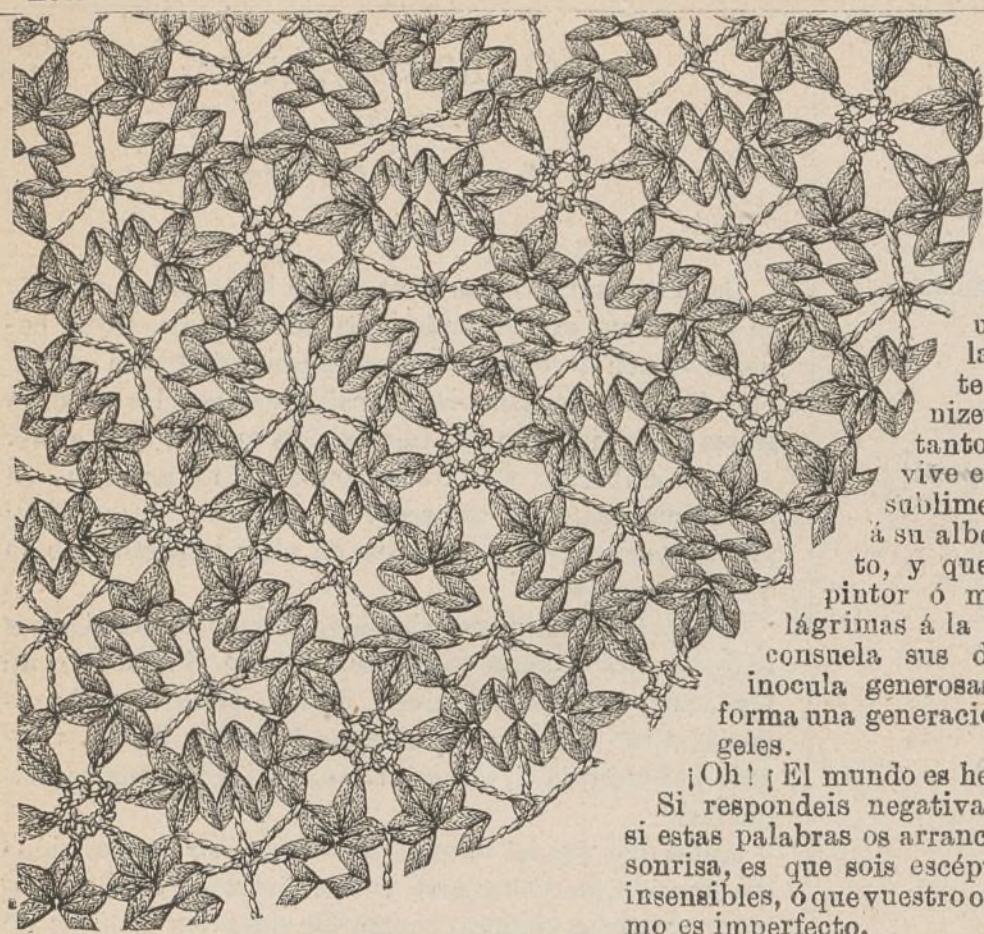
La más importante curiosidad de Friburgo es el órgano de su catedral, órgano ejecutado en 1834 por Aloys Mooser, y el cual goza de universal fama. Tiene 63 registros y 4.271 tubos, algunos de ellos de 10 metros de longitud.

Renuncio á explicar el mecanismo de aquel instrumento; baste saber que, cuando se oye la música peregrina que de él emana, experimentase algo inexplicable. Los sonidos de la voz humana y de las voces de la naturaleza tienen cabida en el órgano. Rugidos de tempestad, arrullos de la brisa, cantos de pájaros, melodías infinitas, notas que revelan el espanto, la ternura, la esperanza; todo, en fin, brota del complicado invento, nacido, sin duda, en un instante de inspiración.

Y ¡qué significa la inspiración?
Cuando nos encontramos enfrente de una de esas creaciones del hombre que sorprenden y maravillan, no acertamos á interpretar aquella palabra.

¿Es un rayo de la Divinidad? ¿Es una manifestación del alma, ó es el alma misma?

No lo sabemos; pero asombra la verdad innegable de que un hombre dé á la luz un átomo de belleza.



Si un hombre tiene bastante genio para proceder así, los demás hombres ¿por qué no pueden imitarlo? ¿Por qué son pígmicos a su lado? ¿Qué separación espiritual es esa que existe entre unas inteligencias y otras? Tampoco sabríamos responder a estas preguntas que sumergen la imaginación en el caos; pero ello es cierto que la humanidad ha tenido, tiene y tendrá una familia privilegiada, a la que pertenecieron Dante, Lamartine, Bellini, Donizetti, Murillo, Rafael y tantos otros. Familia que vive en la atmósfera de lo sublime; familia que dirige a su albedrío el sentimiento, y que, llámese poeta, pintor o músico, arranca lágrimas a la humanidad, consuela sus dolores, le inculca generosas ideas y forma una generación de ángeles.

¡Oh! ¡El mundo es hermoso! Si respondeis negativamente; si estas palabras os arrancan una sonrisa, es que sois escépticos ó insensibles, ó que vuestro organismo es imperfecto.

Basta reconocer la existencia de esas criaturas admirables, que he llamado *familia privilegiada*, para aceptar la exactitud de mi afirmación. El mundo es hermoso. La presencia de esos genios, las irradiaciones de sus almas, constituyen una belleza que vemos y sentimos, como la luz del Sol constituye también una hermosura, por más que no proceda de nosotros.

IV.

A la salida de Friburgo, la línea férrea atraviesa las ramificaciones de las montañas del Jorat, que se elevan entre el Jura y los Alpes. Cruzamos sobre un puente de hierro el río Sarina, que corre entre escarpadas rocas. El paisaje se anima hasta un grado imposible de señalar. Pasamos leguas y leguas a través de selvas de pinos que arrancan en la base de las montañas y llegan hasta las cumbres. Multitud de caminos suben por esas magníficas arboledas, todos ellos perfectamente conservados; de manera que forman una superficie igual y cómoda por donde cruzan largos carros tirados por dos bueyes ó por un buey y un caballo.

Cada paso de la locomotora nos permite descubrir más asombrosos panoramas. Los caseríos y las aldeas se suceden casi sin interrupción. Abandonamos la Suiza francesa para entrar en la alemana. Aquí las pequeñas poblaciones ofrecen un sello particular.

Hay una agrupación de casas: es un pueblo. Delante de ellas hay un edificio aislado, con su esbelta, sencilla y elevada torre; es la iglesia. A su alrededor está el cementerio salpicado de altas cruces de madera; de modo que el templo parece colocado allí para prestar abrigo a aquel lugar santo.

Ditase que es una madre que extiende sus brazos para acariciar a sus hijos.

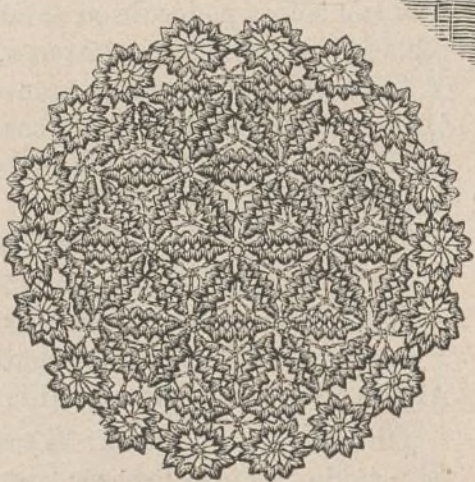
La idea de colocar juntos la iglesia y el cementerio, encierra todo un mundo de dulces y melancólicas poesías.

En el templo desaparece la vida de la tierra. En el campo santo sólo buce el pensamiento el alma de lo que hemos amado. La iglesia es la mejor amiga de la humanidad. Ella recibe al niño que nace; ella acompaña hasta su última morada al hombre que muere. Unid la iglesia al cementerio y vereis unidos íntimamente Dios y la humanidad. ¡De qué manera! Por el rezo.

La iglesia, colocada en la forma



16. Vestido con túnica. (Véase el grabado núm. 13.)

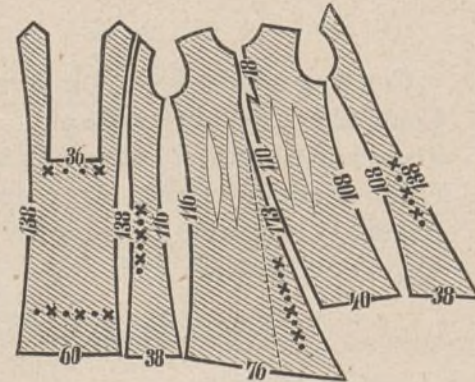


5. Cubierta para acrílico. (Véase el grabado núm. 4.)

que señala, es el vestíbulo de la eternidad. En su recinto sagrado, que sirve de frontera y de vecindad al cementerio, se olvidan las preocupaciones sociales para pensar en los difuntos, que es pensar en lo eterno.

¡Pensar en los difuntos! ¡Qué grande y qué sublime ocupación, y más aún cuando se realiza en el templo!

La naturaleza humana es una, digase cuanto se quiera



15. Córchola de la túnica grabado 14.)



8 A 13. TRAJES DE CASA PARA SEÑORA Y NIÑOS.

8. Polsera-bata para niña. 9. Vestido para niña. 10. Traje para niña. 11. Vestido para jovencita. 12. Vestido para niña. 13. Vestido con túnica para niña.



14. Traje de fiesta y punto de festón.

en contrario. Que vibre una de las cuerdas delicadas del hombre, y vereis cómo responden uno y otro y todos los hombres a la voz que les habla con la elocuencia del sentimiento.

Y es que, si de un lado se nos presenta en la vida social el combate que libran las generaciones, combate de aniquilamiento, de otro lado surge la revelación de nuestra propia grandeza, la manifestación de nuestro destino de ultratumba.

La humanidad, pues, tiene puntos de contacto, fases idénticas, momentos de unificación moral.

Los dos términos de la cadena vital se encuentran armonizados de un modo sorprendente.

La cuna y el sepulcro, el principio y el fin, estrechan y rompen las distancias que median de uno a otro individuo; y sucede así, porque ambos términos, nacimiento y muerte, son los supremos instantes de toda existencia.

Después, ¿qué importa lo demás?

Pero el hombre, dueño de su albedrío, es poderoso y enérgico; olvida quizá el origen único de su raza, el principio invariable, no más alto ni más bajo, a que debe su aparición sobre la tierra, y ya conquista el nombre de Sócrates ó el de Neron, ó el de Alejandro ó el de San Agustín.

Ese olvido constituye el divorcio tácito que separa tantas existencias. Rompamos el paralelismo que nos separa de los demás hombres, y unámonos en el ángulo convergente de la vida, en la muerte.

Semejante unión, llevada a efecto por el alma, que es el espíritu libre de las miserias terrenas, no puede ser estéril; antes, al contrario, simboliza un holocausto en bien de los seres amados que ya no existen; una mirada hacia la patria inmortal, objeto de las aspiraciones del individuo; un éxtasis purísimo que nos aísla de las pasiones, de las faltas, de las torpezas.

V.

Así discurría, cuando vino a detener el curso de mis meditaciones el ruido metálico del tren al pasar sobre las plataformas de la estación de Berna.

Salí del carruaje; atravesé por entre los encargados de la fondá; respondí negativamente a las ofertas de los guías, y para inaugurar con perfecta lógica mis pasos por la ciudad del Oso, dirigí los pasos a un hotel, obediendo las excitaciones del más formidable apetito.

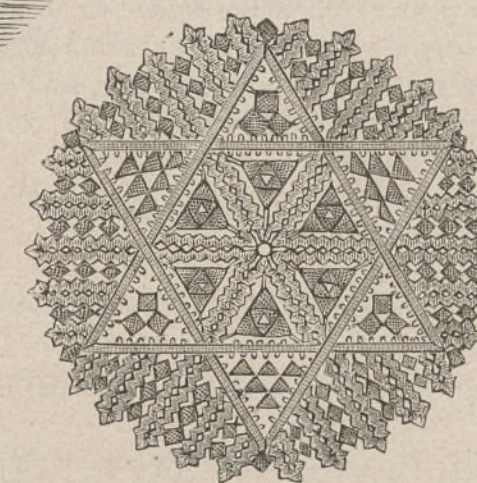
AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LA MUERTE DE UN GRANDE HOMBRE.

La implacable segur, que lo mismo abate las altas encinas que las humildes florecillas de los campos, ha destrozado en pocos días tres vidas coronadas de gloria:

Caparis, el héroe legendario que tanto trabajó para la libertad de Grecia, su patria; Thiers; y

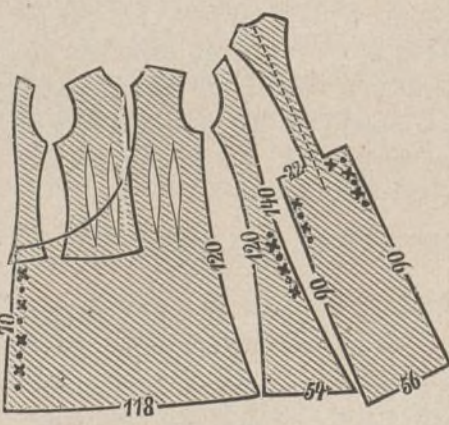
Herculano, el poeta portugués; que, si bien estamos muy lejos de aprobar sus doctrinas, no por esto dejamos de conocer y admirar su extraordinario mérito.



7. Cubierta de acrílico.

Hé aquí algunos detalles interesantes acerca de su muerte: «En una pobre aldea, y en un pueblo rústico, sin majestad exterior ni pompa interior, algunas bayetas negras, adornando la mezquina puerta, anunciaban que la ceremonia que iba a verificarse era de luto. En el centro de la nave estaba el ataud cubierto con el más pobre paño mortuario, sobre una tumba sin adornos y sin pompa.

Un niño descalzo hacia acompasadamente abluciones



17. Vestido con túnica para niña.



18. Vestido con túnica. (Véase el grabado núm. 17.)

de incienso cada vez que una mano amiga alzaba el paño fúnebre.

Aquel era la envoltura mortal del más levantado espíritu portugués, que allí yacía con tal humildad y modestia.

Su entierro debía coincidir con su vida, y coincidió.

Así debía ser. El grande hombre que se llamó Alejandro Herculano debía distinguirse en la muerte por su humildad, como en vida se distinguió entre los más distinguidos.

*Los pobres campesinos, sintiendo en sus almas rudas y bondadosas, tristeza por el que fué su amigo y compañero, hallaban natural, sin embargo, que hubiese pagado su tributo á la muerte, y que su cuerpo yaciese allí como el del más humilde hijo de la aldea. Así es que, cuando vieron á los dignatarios y á la servidumbre real con sus uniformes é insignias, en representación de SS. MM., acercarse al humilde féretro; cuando vieron á sus ministros, á los representantes de la Academia Real de Ciencias y de todos los periódicos de Lisboa, y á muchas personas, para ellos extrañas, incorporarse al cortejo fúnebre, viniendo de lejos para rendir el último tributo á Alejandro Herculano, quedaron atónitos, porque no se esperaban que el amigo y consejero de todos ellos en el solitario valle de Lobos; el que les enseñaba con el ejemplo los progresos de la agricultura, y con ellos el secreto de pedir á la tierra mayores y mejores cosechas; el compañero en las faenas campestres, tan exento de pompa y ajeno de fausto, mereciese tales consideraciones á los grandes de la tierra, y que nobles y personas distinguidas fuesen á reconocer allí que todos eran pequeños ante aquel cadáver entregado á los gusanos.

"La intensa luz de aquel genio, que procuraba ocultarse, resplandecía sobre el túmulo. Entonces comprendieron los habitantes de Azoia el valor de Herculano, así como la noticia de su muerte hará comprender á su país la pérdida que ha sufrido.

"El cuerpo del gran historiador reposa en el túmulo del general Gorjao, al lado izquierdo de la puerta del templo, bajo una simple losa, sobre la cual hay una columna partida por el fuste, y en sus dos extremos dos leoncitos de pequeñas dimensiones.

"Alejandro Herculano debía reposar allí, mientras la patria no paga tributo condigno á su memoria; allí, á la sombra querida de los árboles, en el aire libre de los campos, que tanto amó y fecundó con su trabajo; aquella columna truncada simboliza el monumento también truncado de su historia, y que la muerte ha partido para siempre; teniendo á sus pies, como dominándolas, dos fieras en símbolo de las dos que combatió y dominó en vida con su pluma: el fanatismo y la ignorancia."

EDUARDO MONTES.

UNA HISTORIA TRISTE.

I.

Momentos hay en la existencia moral, en que el dolor y la amargura, patrimonio ineludible de la humanidad, atraen y seducen al ser sensible con ese potente magnetismo que impera en el alma.

El que sufre penas y dolores, de esas que dejan indelebles huellas en el rostro más sereno al parecer, tiene un misterioso y quizá desconocido compañero en su dolor, que, sin participar de él, comparte sin embargo sus efectos. Ese sentimiento es algo más que compasión; es el lazo de amor fraternal con que el Creador ha encadenado á un ser con otro ser. Ese sentimiento, que psicológicamente no puede explicarse, es el que por medio de una mutua atracción aproxima á los que sufren, pone de manifiesto á los ojos del mundo esos dramas íntimos que encierran sólo en los misteriosos pliegues del corazón lágrimas y sangre.

Era una fría tarde de invierno. El sol caminaba rápidamente á su ocaso; una fúnebre comitiva entraba silenciosamente en el cementerio de la puerta de Fuencarral. Componíanla cuatro sepultureros que conducían en hombros un ataúd de pinabete mal pintado de negro. Seguidas á corta distancia un joven de aspecto distinguido, aunque vistiendo desaliñado traje.

Al atravesar el vestíbulo, el conserje, que estaba en él fumando su pipa con la mayor indiferencia, dijo á los sepultureros, fijándose en lo pobre del ataúd:

—A la fosa comun.

—No en mis días, se apresuró á decir el joven con apenada voz; ese cadáver será depositado en otro lugar. Tiene su nicho; vea usted aquí la patente.

Y enseñó un papel al conserje, que lo leyó con detención.

—Dispense usted, caballero, dijo éste; yo no creí... Voy á anotarlo en el registro. Vosotros, mientras tanto,

dijo dirigiéndose á los sepultureros, cumplid vuestra obligación y colocad convenientemente ese cadáver en el número 116 de la fila baja.

Los sepultureros pasaron adelante, seguidos siempre por el joven, que caminaba con paso incierto y vacilante, sumido en mortal tristeza.

Un anciano de venerable aspecto y con todas las apariencias de persona distinguida, que había presenciado la escena, siguió también al joven y á los enterradores al interior del cementerio.

Cuando éstos llegaron al sitio designado, depositando la carga en el suelo, empezaron á hacer preparativos para desempeñar la triste operación.

Entonces el joven, abalanzándose al ataúd, cayó de rodillas ante él y levantó la tapa con mano trémula.

El cadáver que encerraba la caja era el de una mujer joven y hermosa, á pesar de la destructora mano de la muerte, que rápidamente borra los dones de la vida. Un blanco sudario la envolvía, dejando sólo descubierto el rostro, que, no obstante su marmórea palidez, evidenciaba unas facciones perfectísimas. Dos negras trenzas de rizado pelo caían á los lados.

El joven la contemplaba con ojos preñados de lágrimas; sus labios murmuraban quizá una plegaria, quizá esas frases de inmenso amor que inspira la pérdida de un ser querido. Los enterradores mientras tanto terminaron sus preparativos, y ya iban á apoderarse del ataúd, cuando el joven les detuvo.

—Esperad un momento, dijo con doloroso acento.

Y sacó del bolsillo de su gabán una pequeña cartera quirúrgica, y de ella unas tijeras finas y delgadas, con las que cortó las trenzas. En seguida, inclinándose más sobre el cadáver, imprimió un beso en aquella helada frente, regándola al propio tiempo con sus lágrimas. Púsose de pie con rápido movimiento, quitóse el sombrero, cruzóse de brazos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho permaneció inmóvil y silencioso el tiempo que duró la fúnebre operación. Terminada ésta, sacó del bolsillo unas monedas y las dio á los sepultureros, que se retiraron saludándole con una ligera inclinación de cabeza. Cuando se quedó solo, fué de nuevo á arrodillarse ante el lugar que guardaba aquellos inanimados restos, y apoyando su frente sobre el húmedo ladrillo, estuvo llorando, ó tal vez rezando, hasta que el guarda del cementerio, haciendo su ronda, le advirtió que iba á cerrar.

El anciano caballero, que conmovido había presenciado aquella escena, se aproximó al joven y con afectuoso acento le dijo:

—Dispénsame usted que me atreva á turbar su dolor, del que, sin saber por qué, participo desde este momento. Si, como yo, ha perdido usted un ser querido, ponga su confianza en Dios y resignese á su voluntad, que él sabrá recompensarle ese sacrificio, reuniéndoles para no separarles más en la otra vida.

El joven volvió la cabeza y miró á su interlocutor, murmurando al mismo tiempo:

—¡Dios... la otra vida!

Y una amarga sonrisa de incredulidad asomó rápidamente á sus labios.

El anciano lo notó, y le dijo en seguida, siempre con el mismo tono:

—Sí señor, Dios; Dios que indemniza con su gloria á los que en la tierra no han podido gustar ese manjar que se llama felicidad.

El joven se sonrió otra vez del mismo modo, y el anciano continuó:

—¡Acaso sería usted tan desgraciado que no creyese en eso?

—Sí, señor, contestó el joven haciendo un supremo esfuerzo.

—Le compadezco á usted con todo mi corazón, y sólo puedo atribuir esa incredulidad á un exceso del dolor que en estos momentos debe experimentar.

—¡Ah! sí, señor; inmenso es el dolor que siento, grande es también mi desesperación; pero ese Dios que ha invocado usted, podría infundirme la resignación y la calma que necesito, ya que no ha querido concederme ni la más pequeña parte de la felicidad que puso en mi camino cuando yo no creía en ella ni la esperaba.

—Siento oírle expresarse en esos términos, porque el que como usted tiene corazón para sentir el dolor en su mayor intensidad, está también dotado de razón para concebir que hay un ser que preside nuestros destinos, y ya en esta vida mortal, ya en la otra, nos compensa de los infortunios que tengamos que apurar.

El joven no respondió, pero otra vez la misma sonrisa asomó á sus labios.

—Cualquiera que sea el vínculo que le una á la mujer que acaba usted de acompañar á su última morada, prosiguió el anciano fijándose en el joven, que no vestía traje de luto, pido á usted, invocando su nombre, me conceda su confianza si de ella me considera digno, haciéndome depositario de sus penas, que quizá pueda mitigar

con las reflexiones y consejos que por mis años y experiencia puedo hacerle.

—Agradezco muy mucho el interés que por mí se toma, y le suplico me dispense si en este momento no puedo corresponder á él satisfaciendo sus generosos deseos. No olvidaré nunca que en los más supremos momentos de mi vida ha habido un corazón compasivo que me ha prodigado sus consuelos. Permítame usted que sepa yo su nombre para concederle la gratitud que me merecerá siempre; aquí tiene usted el mío.

El joven abrió su cartera y dió al anciano su tarjeta, haciendo éste lo propio. Después le tendió la mano, que le estrechó afectuosamente, y se separaron.

La tarjeta del joven decía: ALFREDO BENAVIDES, doctor en medicina y cirugía. Cruz, 12, 3.º izquierda.

En la del anciano se leía simplemente: ANDRÉS BUSTAMANTE.

II.

Á las doce de la noche de aquel mismo día se encontraba Alfredo en su casa y encerrado en su gabinete de estudio, sentado ante su mesa de despacho, con los codos apoyados sobre el pupitre y leyendo en un libro que sobre el mismo descansaba.

Antes de fijarnos en el libro que le entretenía, trazáremos ligeramente su retrato, una vez que sabemos su nombre, domicilio y profesión.

Tendría unos treinta años, si bien una arruga prematura se dibujaba en su pálida frente. Era de mediana estatura, bien conformado, moreno, de negros y rasgados ojos, cuya hermosura quedaba oculta en aquel momento por las lágrimas que los empañaban. Su graciosa boca estaba sombreada por un fino y rizado bigote del mismo color que su cabello, que era castaño oscuro. En sus agraciadas facciones resaltaba una palidez casi cadavérica, y sus blancas y finas manos, colocadas en las sienes, estaban crispadas, al propio tiempo que profundos y dolorosos suspiros se exhalaban de su pecho. ¿Qué tempestad se agitaba en aquel cerebro? ¿Qué volcán devoraba aquel corazón? Alfredo sufría, y su sufrimiento era á todas luces superior á su resistencia. Se conocía que había buscado un lenitivo en la lectura, y que sólo había hallado en ella una exacerbación á su dolor, que estaba próximo á estallar. ¿Qué leía Alfredo? El libro que ante sus ojos tenía era *El Diablo Mundo* de Espronceda, y estaba abierto por el canto tercero, dedicado á Teresa. Lentamente iba leyendo sus octavas, nutridas de sentimiento y poesía, al propio tiempo que se veía aumentar su palidez, notándose de vez en cuando que un sacudimiento nervioso estremecía su cuerpo. En los cortos intervalos en que su cabeza se inclinaba pesadamente sobre el pecho y se cerraban sus ojos, se le hubiera podido oír murmurar:

—¡Cuán ajeno estaba yo de creer que el ideal de Espronceda pudiera ser para mí una realidad, siendo yo más escéptico y materialista que el poeta!

Y continuaba la lectura, y otra vez murmuraba:

—Si tú, poeta, tuviste valor para divertirme arrancando del pecho tu propio corazón pedregoso hecho, yo no le tengo para sobrellevar el peso de una existencia que me abruma.

Y alargó su convulsa mano á un lado de la mesa y empuñó una pistola que en él se veía.

—¡Ea, concluyamos de una vez!

Y quedó pensativo.

—Pero, ¡insensato de mí! ¿Qué voy á hacer? Á legar el deshonroso nombre de suicidio á mis pobres hermanas, cuando con el auxilio de la ciencia puedo realizar mi intento sin que caiga sobre mí el anatema de la sociedad. Sí, sí, mejor es eso.

Y arrojó la pistola lejos de sí.

Cuatro horas permaneció en tan horrible situación. Por fin, decidido, sacó unos papeles bastante voluminosos, los encerró en un sobre que lacró y selló, y escribió en él: *Para entregar al Sr. D. Andrés Bustamante, si viene á preguntar por mí.*

Acto seguido se puso de pie; fué á una papelería; abrió un cajón; sacó de él un pequeño frasquito cuyo contenido bebió.

—Creerán que he muerto á consecuencia del aneurisma que hace un año empezó á desarrollarse. Vale más así.

En seguida tomó su sombrero, se embozó en una capa, y salió murmurando:

—Dentro de tres horas todo habrá concluido.

Dos días después los periódicos anunciaban un desgraciado acontecimiento ocurrido en el cementerio de la puerta de Fuencarral. Un joven y estudioso facultativo, bastante conocido en la corte, había sido hallado cadáver ante un nicho cuya lápida sólo decía: *Magdalena. Muerta á los 22 años. —R. I. P.*—Aquel nicho estaba señalado con el número 116.

Como el desgraciado Alfredo había previsto, su muer-

fué atribuida á la mortal enfermedad que hacia un año vino anunciándose.

Don Andres Bustamante pasó algunos dias más tarde á visitar á Alfredo. Sus hermanas, con el mayor desconuelo, al darle la noticia de su triste fin, le entregaron un pliego que para él habian encontrado.

Circunstancias que no son del caso referir, hicieron conocer al autor de esta historia el contenido de aquellos papeles. El interes que su lectura le inspiró le puso en el caso de hacerla pública, si bien variando los nombres y las circunstancias.

La historia de Alfredo es una de aquellas que pasan desapercibidas para nuestra sociedad, que podria encontrar en su conocimiento una enseñanza más para juzgar con algun acierto los hechos y las personas, en vez de desfigurarlos ó exagerarlos, y de deprimir la verdadera virtud, ensalzando inconscientemente el vicio y la depravacion.

III.

¿A qué causa deba atribuirse el que el estudio de la medicina haga á gran parte de los que á él se dedican adeptos ó sectarios de la escuela materialista, no nos meteremos á investigarla; pero lo cierto es que los médicos en su generalidad; son materialistas más que espiritualistas.

Alfredo Benavides, distinguido alumno de San Carlos, hijo de una acomodada familia de Sigüenza, era del número de los primeros, y no sólo rendia culto idólatra á la materia, sino que además era escéptico, y por lo tanto no creia que haya mujeres capaces de inspirar y sentir una pasión pura.

En tal concepto, excusado nos parece decir que Alfredo no habia tenido ni las más cortas relaciones amorosas con ninguna, y aunque le gustaba el trato social de las mujeres de talento, superior á ellas por sus convicciones, inspiró vivas simpatías y hasta amor á algunas, sin que á su vez experimentase semejante impresion.

Pero llegó un dia en que sus ideas debieron de modificarse, y el doctor materialista, que sólo vivia y gozaba por la materia y para la materia, hubo de preguntarse si hay en el organismo humano algo que no se explica por el sistema nervioso, que nos hace sentir y nos inspira ideas contrarias á los principios que abrigamos.

Llamado para el ejercicio de su profesion á una casa, fué introducido en un aposento en donde encontró tres señoras que con la mayor amabilidad y finura le invitaron á sentarse.

Los médicos deben ser complacientes, y Alfredo se sentó en un confidente. La habitacion en que se encontraba era un gabinete amueblado con bastante lujo. Las tres señoras, una, que era la enferma, tendria unos cuarenta años, otra frisaria en los treinta, y la más joven contaria poco más de tres lustros. El acento de las dos mayores denunciaba diferentes procedencias, pues la enferma hablaba un castellano muy cerrado, con sus correspondientes *velay*, y la otra pronunciaba esas graciosas y populares locuciones de las hijas de Andalucía. La más joven, que estaba sentada en una marquesita en un rincón del gabinete, apenas hablaba.

Alfredo, que era un tanto observador, se fijó en todos estos detalles, y despues de enterarse de la dolencia, que era insignificante, y prescribir lo que el caso requeria, se levantó y despidió, no sin dirigir repetidas miradas á la joven, que le saludó sonriendo de una manera entre triste y alegre.

Alfredo repitió sus visitas, no porque la enfermedad exigiera aquel asiduo cuidado por su parte, sino para poder ver una vez más á aquella joven cuyo semblante tan grabado habia quedado en su memoria, no sabia por qué.

Del trato con aquella familia, de la que quedó médico y amigo, vino á sacar en limpio que la señora de los cuarenta años, que efectivamente era castellana, se hacia llamar Doña Petra Campos; la que la seguia en edad, que era de Jerez de la Frontera, Remedios Nuñez, y la más joven, que era vizcaína y pasaba por sobrina de la primera, Magdalena Aranda.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA FÁBREGUES.

EL CHINO EN MADRID.

CUADROS DEL DIA.

II.

No sé si conseguiré, bellísimas lectoras, coordinar mis ideas para daros cuenta de las compras que hemos hecho durante la semana, y los establecimientos que hemos visitado; y como, por otra parte, tambien os sería molesta su enumeracion, me concretaré tan sólo á aquellos que merecen particular mencion, reseñando á la ligera los demas; y esto casi á hurtadillas, porque mi amigo no

me deja en reposo, y tengo que robar algunos momentos al sueño para complaceros.

Una de estas mañanas se levantó de muy mal humor, dándome prisa para que le acompañase. Como no admite excusas ni dilacion, cogí el sombrero, el baston y los guantes, y me fui tras él preguntándole:

—¿Dónde vamos?

—No lo sé.

Decididamente la calle de Espoz y Mina es su predilecta, y como quiera que es la que tenemos frente de nuestra casa, la eleccion no es dudosa.

Entonces supe el secreto de su mal humor.

Habia hallado la cama dura, incómoda, y no habia podido dormir en toda la noche.

Decididamente vamos á comprar camas imperiales, pensé.

Creo que no me equivoco. En efecto, ya me está tirando del brazo diciendo:

—*Tche li* (1).

Habíamos llegado al magnífico establecimiento de camas del Sr. Duthu.

¡Qué magníficos cortinones y colgaduras en forma de pabellones! ¡Son preciosos!

Infinitos almohadones de viento y muelles, colgados de uno y otro lado, cubren las paredes de este almacen; y las camas de hierro y de acero, vestidas de dorados adornos y maqueadas, sorprenden por su sólida construccion y su elegante forma.

Mi amigo ha elegido un par de camas completas, las cuales hicimos que nos llevaran á casa inmediatamente, pues recuerda con sentimiento la mala noche pasada.

Este establecimiento tiene fama, en verdad, de que sus camas, cunas, colchones de lana y pluma son del mejor gusto, uniendo á esto una notable economía en los precios. No obstante, tambien puedo decir otro tanto del almacen de la señora de Lafargue, Plaza del Ángel, número 9; de la de D. Ramon Tauriz, calle del Príncipe, número 27; de *La Imperial*, cuyos depósitos se encuentran en la misma calle del Príncipe, número 16, y Plaza del Progreso, número 5, las cuales ya habíamos visitado dias antes.

Satisfechos de la compra de las camas, á renglon seguido, como se suele decir, pasamos al comercio de la señora viuda de Carmena é hijos, donde tuvimos no poco placer en examinar la variedad de telas de seda y lana para vestidos de señora, que ha recibido y son de un gusto admirable, así como los terciopelos, encajes y otros géneros propios para la estacion que se aproxima.

Ya en los primeros dias de la semana visitamos los comercios de D. Tomás Labiano y Lopez, Postas, 48 y 50; *La Favorita*, de los Sres. Alfaro, hermanos, números 42 y 44; D. Darío B. Espino, números 38 y 40; Don Agustin Ibarra, número 35; *La Garza Real*, de D. Martin Merino, en el número 33; D. Francisco Matute, en el número 30; Sres. Ruiz de Velasco, números 14, 16 y 18 (y los mismos en la de la Montera, número 7); *La Villa de París*, de D. Antonio Gordon, en el número 22; *La Rosa Imperial*, de D. José Grande, en el número 15; D. Juan Díez y Díez, en el número 7, y *La Esmeralda*, de los Sres. Sanchez y Alfaro, en la de Zaragoza, número 21; pero este dia se le ocurrió á mi buen amigo participarme una noticia no poco grata, la cual me apresuro á poner en conocimiento de mis buenas y simpáticas lectoras.

Héla aquí:

Mi amigo tiene novia, allá en el Imperio de la China.

Esto corrobora más las sospechas que de su conducta venia yo teniendo de algunos dias á esta parte; porque esto de venir á la corte por sólo el capricho de observar sus usos y costumbres, y luego, así, de buenas á primeras, hacer multitud de compras de muebles y ropas y terrenos para edificar un palacio, del cual tomamos anteayer las medidas, de suponer es que de la noche á la mañana tengamos casamiento. No diré que en la China ó en la corte, que esto toca resolverlo á los padres de los novios, como personas más previsoras.

No os admirará, por lo tanto, lectoras mias, el que mi amigo, deseando obsequiar al objeto de sus amores, haya elegido en el comercio de la Sra. Viuda de Carmena telas para unos vestidos, encargándola la confeccion de éstos en el más breve plazo.

Uno de ellos, y creo que no tiene mal gusto, es un túnico de raso blanco con anchos encajes y primorosos cogidos, donde se anidan graciosamente grupos de rosas y claveles. El manto y cuerpo es de terciopelo granate, guarnecido tambien de encajes, y la falda de seda color azul de cielo.

Debo deciros, mis cariñosas lectoras, que es tal la calma y serenidad que tiene mi amigo, que me pasma. Examina los géneros con tal circunspeccion, que hasta cuenta y desmenuza los hilos de las telas.

Ayer tuve ocasion de observarlo en casa de los seño-

(1) Aquí.

res Delgado y Montalvo, Espoz y Mina, número 7, comercio tambien de sedería y lencería; en el de D. José Morales, número 8; en el de los señores de Acero y compañía, número 6; en el de D. Joaquin Báguena y Andres, número 3; en *La Linda*, Sres. Guixer y Clavel, número 2; en el de D. Francisco Monleon y Brieva, número 1; en el del señor Reviriego y Gonzalez, plaza del Ángel, números 13 y 14, y en el de D. Cayetano Aguado, Cármen, 3, y Tetuan, 23; de cuyos establecimientos salimos no poco satisfechos por la variedad de géneros á cual más graciosos y elegantes que nos enseñaron en un muestrario, con esas maneras tan finas y cariñosas que usan los dueños y dependientes del alto comercio de Madrid.

Hecha la eleccion de los vestidos, se dirigió á mí:

—*Chiu chop chop* (1), dijo.

Acto continuo, y no sin gran esfuerzo por nuestra parte, rogué á los hijos de la viuda de Carmena que admitiesen entonces el importe de las telas y adornos escogidos, y nos fuimos al comercio de D. Pedro Barbería, en el número 2 de la calle Espoz y Mina, en donde, señalándole con la mano el mostrador, exclamó:

—*Tche li kin*.

En efecto, multitud de pañuelos de seda habia esparcidos por todas partes.

Segun dice mi amigo (que es muy entendido en géneros de seda), estos pañuelos son de muy buena calidad y no tienen mezcla alguna de algodón.

Gusta mucho de los colores. Así es que ha separado unas cuantas docenas de un capricho sin igual.

Debo confesar que mis bolsillos se desahogaron completamente al hacer el pago de los pañuelos, sorprendiéndome no poco la sangre fria de mi amigo, que, si bien miraba y manoseaba los pañuelos hasta convencerse de su buena calidad, no lo hacia así con el dinero, pues con la mayor indiferencia me decia siempre:

—*Tche li kin*.

Esto al fin me hace entender que el hombre, por agradecer á su prometida, no debe reparar en ciertas mezquindades.

Y así es la verdad.

¡Cuántos tesoros no vale las más de las veces una sonrisa de la mujer que amamos!...

Mi buja se amortigua, no sé por qué; es de suponer que no serán de la fábrica de *La Estrella* ó *Aurora*, de la calle del Príncipe, ni de casa de D. Ignacio de Arce Mazon, cuya especialidad en este ramo es bien conocida; mas, sea lo que quiera, no puedo menos de hacer aquí punto, mis cariñosas lectoras, ántes que mi amigo venga á interrumpirme, ofreciéndome más variedades en la próxima semana.

Vuestro siempre admirador

FRANCISCO GUERRERO GARCÍA.

Soluciones á las charadas que aparecieron en el número 35 de EL CORREO, correspondiente al 15 de Setiembre por las señoras Doña Elvira Latorre, de Barbastro; Doña Cármen Sanchez, de Vigo; Doña Dolores Yantegui, de Estella; Doña Jesusa Santos, de Palencia; Doña Juana Vinent, de Tarragona; Doña Joaquina Pascual, de Santander; Doña Gertrudis Jimenez, de Madrid, y Doña Antonia Pozo, de Sevilla.

I.
VEREA.

II.
BERGAMOTA.

CHARADA.

Jugué á una *prima* y dos, mas con suerte tan adversa, que si me descuido, pierdo hasta el pelo de las cejas.

Conoci á un *primera* y *cuarta*, señor de excelentes prendas, muy honrado, muy bendito, pero sin una peseta.

He visto al *segunda* y *cuarta*, con su gracia macarena, despachar toros de punta con estocadas muy buenas.

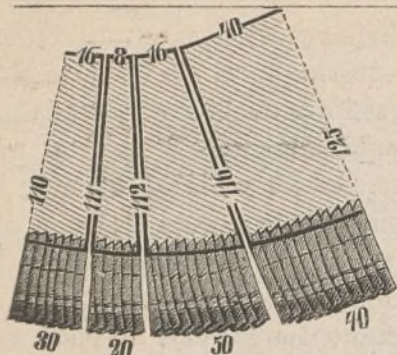
Leí de *segunda* y *prima* las poesías selectas, admirando su gran número, su inspiracion y su vena.

He parado en *tercia* y dos en ocasiones diversas, en los venturosos tiempos de coches ó diligencias.

Y por fin, he navegado en un bergantín de vela, con el rumbo siempre al *todo* viento fresco y mar de leva.

JOAQUIN RAMA.

(1) Paga y nos vamos.



21. Croquis de la falda grabados 26 y 27.

La economía bien entendida de un ama de casa debe extenderse a los muebles, porque un mueble que se destruye y es preciso reponer supone un gasto no pequeño, que puede aplicarse a otras necesidades más urgentes. Para conservar un mueble en buen estado, basta con cuidarlo y remediar al instante los pequeños desperfectos, persiguiendo infatigablemente el polvo, que es su principal enemigo. Ya dijimos a una amable suscritora en el número anterior el modo de limpiar los cuadros y los espejos.

Las puertas, que tan fácilmente se ensucian con el contacto de las manos, se lavan con una esponja empapada en una disolución de amoníaco y jabón blanco.

Los papeles de las paredes se limpian con miga de pan, frotando siempre de arriba abajo en el mismo sentido.

Los encerados manchados de grasa o tinta, con ácido nítrico, que se deja un poco sobre la mancha.

Si hubiese saltado alguna astilla de la madera de un mueble, se tapa el agujero con la siguiente preparación:

Blanco de España ó albayalde y ocre en polvo en partes iguales; el doble de serrín y una ligera disolución de cola de Flandes. Se mezcla el todo y se pone a cocer, y cuando se ha obtenido una pasta consistente, se la pone encima del desperfecto y se la deja secar. Luego se le da una mano de cera amarilla fundida en trementina.

Para conservar los vidrios siempre brillantes, basta pasar por ellos todos los días un papel mojado, siendo este procedimiento preferible al trazo y a la esponja.

Las losas de mármol se lavan con agua mezclada de ácido muriático; los mármoles de las chimeneas con alcohol; pero el hogar se limpia perfectamente con agua de jabón negro hirviendo.

El mármol recobra su brillantez frotándolo con un poco de aceite



26. Falda con volantes plegados. (Véase grabado 21.)

de lino, que se seca después con un pedazo de piel.

Los objetos de alabastro se limpian con agua de jabón, frotándolos luego con talco en polvo.

Los objetos de madera dorada, con remates y molduras de bronce ó cobre, se limpian también con aceite de lino, porque el dorado, el bronce ó el cobre quedan con mucho brillo, y la madera gana con el contacto del aceite; lo contrario sucedería si las molduras y remates se frotasen con albayalde. Sólo que es preciso enjuagar bien el aceite, porque luego con el polvo formaría una pasta desagradable.

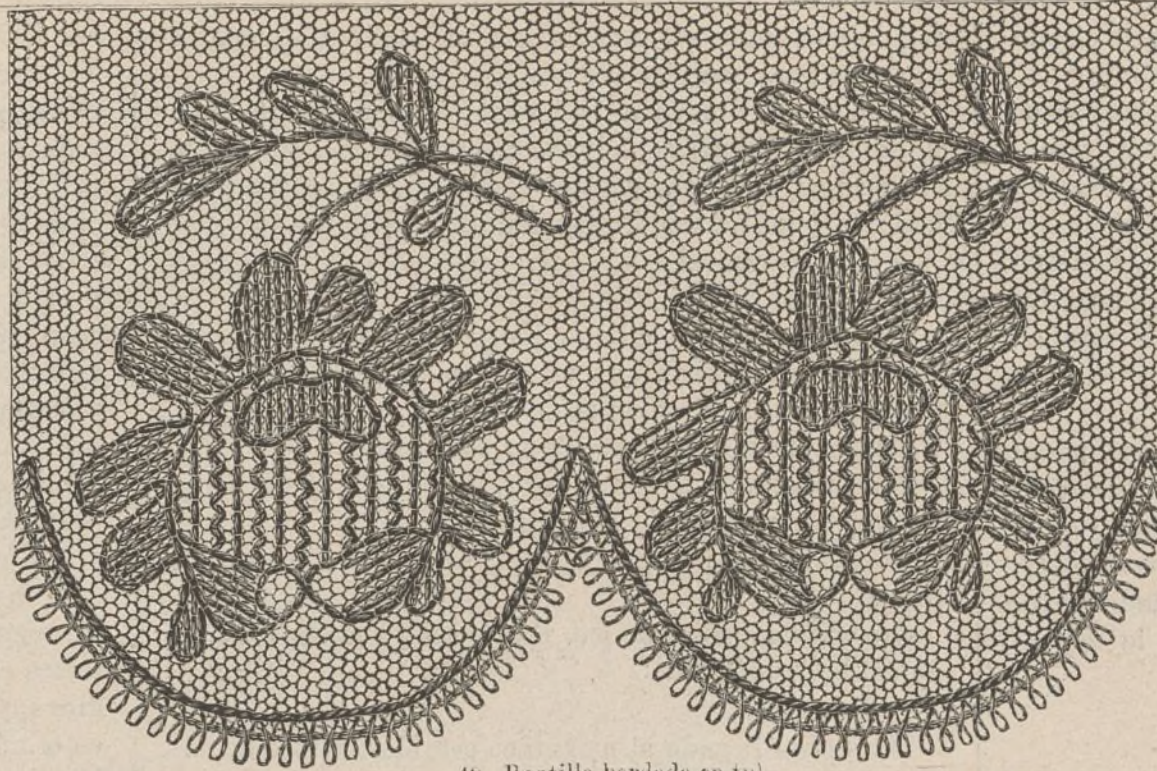
Cuando se trata sólo de limpiar un objeto, tal como lámpara, palmatoria, etc., se meten en agua de jabón negro y de pota-

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

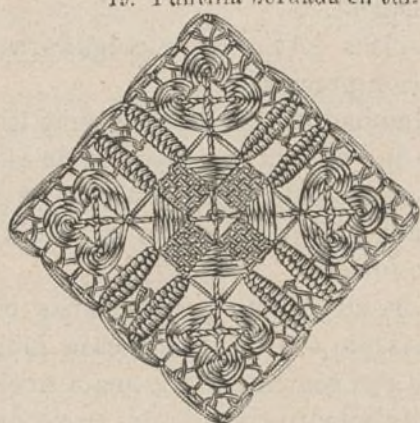
La economía bien entendida de un ama de casa debe extenderse a los muebles, porque un mueble que se destruye y es preciso reponer supone un gasto no pequeño, que puede aplicarse a otras necesidades más urgentes. Para conservar un mueble en buen estado, basta con cuidarlo y remediar al instante los pequeños desperfectos, persiguiendo infatigablemente el polvo, que es su principal enemigo. Ya dijimos a una amable suscritora en el número anterior el modo de limpiar los cuadros y los espejos.



23 y 24. Paletot visto por detrás y por delante.



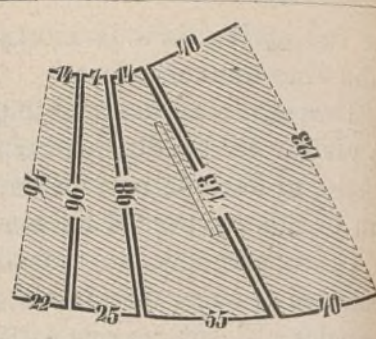
19. Puntilla bordada en tul.



20. Cuadro de malla guipur.



25. Túnica sencilla. (Véase grabado 22.)



22. Croquis de la túnica grabado 25.

sa, se enjuagan con agua caliente, se secan y se frotan primero con un cepillo y luego con una piel de gamuza.

Las joyas se lavan sencillamente con agua de jabón blanco si son finas, y si son falsas es preciso emplear el aceite de lino.

Explicación del figurín 1284.

TRAJES DE OTOÑO.

FIG. 1.^a Traje para paseo y visitas. — Falda de faya y túnica polonesa de cachemir *quadrillé* orillada con un galon brochado verde y grosella. Un lazo de cinta brochada recoge el paño de atrás muy largo y cuadrado. Manteleta formada de tres partes figurando cuellos, de seda negra guarnecida con encaje bordado con sedas del color del brochado del galon. Sombrero de fieltro ligero adornado con flores encarnadas con follaje claro y cintas rosa.

FIG. 2.^a Traje para niño. — Blusa-funda de paño ligero Habana, adornada con terciopelos negros y botones de zequines. Cuello *Pierrot* de encaje bordado.

FIG. 3.^a Traje de reunión de confianza ó teatro para joven. — Vestido completo de cachemir gris de agua. La falda de media cola lleva alrededor un volante plegado. La túnica-blusa, con cuerpo fruncido á la virgen, va ceñida del talle con un cinturón rosa cerrado atrás bajo un lazo y lleva todo alrededor un bordado sencillo rosa.

Mangas plegadas de arriba abajo en la parte exterior. Camiseta fichú de gasa blanca lisa orillada con un biés de crespon rosa. Collar de cinta rosa.

LA VELUTINA

SIN RIVAL
PREPARADA

POR E. MARTINEZ.

Aventaja á todos los polvos de arroz



27. Falda con volante plegado y biés. (Véase grabado 21.)

conocidos hasta el día, porque es discreta, disimulada, y, sobre todo, *inofensiva*. Es además impalpable, invisible; se adhiere instantáneamente á la piel; conserva la hermosura; comunica al rostro una blancura perfecta, restituyéndole la frescura de la juventud. Precio de la caja, 15 reales.

Puntos de venta: *Perfumerías*: de Pascual, Arenal 2. Frera, Cármen 1. Villalón, Fuencarral 29 y Peligros 9. Borges, Arenal 28. *Guanterías*: de Arroyo, Carretas 17. Galvez, Puerta del Sol 11. *Perfumerías*: Fuencarral 9. *Droguerías y Perfumerías*: de Chávarri, Atocha 87. San Jaume, Hornos de la Mata 15. Los Arcos, Corredores Baja, 14. Jimenez, Serrano 18. Gonzalez, Fuencarral 74 y 76. Bazar de la Unión, Bazar de los Diamantes, Exposición comercial y otros establecimientos de Madrid y provincias.



28. Echarpe persa.

Las Sras. Suscritoras a la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.^a, 3.^a, y 4.^a, el pliego de dibujos para bordados.

Administración, Plaza de Isabel 11, num. 2.

Imp. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Editor propietario: Carlos Grassi.

Patrón de una elegante mantelita de entretiene.

Núm. 1.—Delantero que se corta doble al hilo. La punta de atrás, marcada con una S, se junta con una presilla ó una cinta, á fin de que el delantero quede bien sujeto. El largo de esta punta lo determina las dimensiones del cuerpo de la persona á quien se destina. Luego se une el delantero á la esclavina en la pinza que debe hallarse precisamente al derecho del hombro, lo que se conseguirá fácilmente juntando las letras iguales que se hallan en el mismo patrón.

Núm. 2.—Esclavina que se corta doble, sin costura atrás, y se pega al derecho del hombro haciendo la costura en disminución. Los paños de delante se anudan sobre el pecho.

Nuestro modelo, nuevo y gracioso á la vez, es de faya negra guarnecida con entredoses, una puntilla ancha y perlas claro de luna.

Núm. 3.—Córquis de la mantelita terminada.

Núm. 4.—Bolsa para el tabaco, bordada en piel.

Núm. 5.—Cenefa para ropa blanca.

Núm. 6 á 24.—Nombres y cifras para ropa blanca.

Revés.

Núm. 1.—Cenefa para sabanilla de altar, bordada en tul á sujeción ó aplicaciones de muselina sobre tul. Pudiera servir para adorno de altar bordándola con aplicaciones de tafetan sobre cachemir.

Núms. 2 y 3.—Córquis griego para hombre. Bordado á puntos largos con oro y seda sobre terciopelo ó raso de color.

Núm. 4.—Entredós para ropa blanca: bordado á plumetis.

Núm. 5.—Cenefa para vestido de niño ó para galón, bordada á souché ó cadeneta.

Núm. 6.—Escudo para pañuelo, bordado á plumetis.

Núm. 7.—Dibujos para cordón de campanilla, galón ó vestido de niño: bordado á cadeneta con lana, seda ó hilillo de oro.

Núm. 8.—Lambrequin para delantero de chinoses. Aplicaciones de raso verde sobre paño negro, y el raso sobre la misma aplicación, bordado al pasado con colores naturales.

Núm. 9.—Motivo pequeño para galón, vestido de niño ó cordón de campanilla: bordado á souché ó cadeneta.

Núm. 10.—Galón bordado para confección ó cenefa de portier; cinta de terciopelo negro, bordada con trenilla negra y rosa.

Núm. 11.—Cuarta parte de una pantalla para hombre ó lampara. Se ejecuta sobre tafetan, crespon ó tul, bordándola á pasado y feston con colores vivos.

Núm. 12.—Cenefa para vestido de niño: cadeneta y trenilla.

Núm. 13.—Cenefa para tapete, bordado el centro con mignardise y la cenefa con souché.

Núm. 14.—Ramo bordado al pasado, para ropa blanca.

Núm. 15 á 19.—Cenefas y entredoses para ropa blanca.

Núms. 20 á 24.—Nombres y letras adornadas para ropa blanca.



